

cartas que debían estar concebidas poco más ó menos en el mismo estilo que las de Baschú. Por lo demás, la acogida hecha por Cayuk á los cristianos, no difería de la que recibían los musulmanes y lamaístas. Hoy mismo los emperadores manchúes que reinan en la China, honran en las ceremonias civiles, el cielo y la tierra, así como á Confucio, cual patriarca de la secta de los letrados; ruegan á los espíritus adorados por los tao-tsee, y veneran á Buddha, encarnado en la persona del gran lama, sin encontrar nada de estravagante en estos cultos contradictorios.

Aunque las instancias del papa hubiesen permanecido vanas, bastaron para hacer témer á los musulmanes que el Oriente y el Occidente se uniesen para su ruina. El año 1249, fué sobre todo temido por ellos como fatal: y cuando Damieta hubo sido ganada por los francos, la Persia invadida por los Gengiskánidas, una union entre estos dos enemigos temibles hubiera sido una calamidad. Las circunstancias eran las más favorables para los francos en su obstinada guerra contra los sultanes de Iconio; y los mismos tártaros estaban en tal estado de aniquilamiento, que no hubieran podido subsistir, si Luis IX hubiera dirigido sus armas contra ellos, en lugar de volverlas contra Egipto. Pero entonces una guerra general se hubiera empeñado entre los mongoles y los francos, y nadie hubiera podido decir cual hubiera sido el desenlace.

En el momento en que san Luis había convocado á los grandes del reino para deliberar sobre la expedición de Egipto (1247), le llegó una intimación del rey mongol para que se declarara su súbdito, en atención á que los tártaros eran aquellos de quienes se había escrito que Dios había dado la tierra á los hijos de los hombres (15). Luis no hizo caso. Cuando después durante su permanencia en Chipre, se presentaron ante él embajadores mongoles enviados por Ilchikatay, comandante de la Persia y de la Armenia, el santo rey los acogió honoríficamente, hizo marchar con ellos á fray Andrés y á otros frailes, que llevaron para regalarles una capilla con todos los ornamentos necesarios al culto divino, y un pedazo de la verdadera cruz. Eran, además, portadores de cartas que invitaban al kakan á seguir la verdadera fé como lo habían hecho sus padres (decía el rey), y otras cartas del mismo legado, en las cuales felicitaba al kakan, á su suegra, á los obispos del país,

de tal manera estenuados, que apenas podíamos tenernos á caballo. Durante toda la Cuaresma, no habíamos tenido más alimento que maíz cocido en agua con sal, y por bebida nieve derretida. Durante su permanencia de un mes en la corte, estuvieron próximos á morir de hambre, porque los víveres que recibían para cuatro días, apenas bastaban para uno.

A la pregunta que les hizo Cayuk, respondieron que no había nadie en la corte del papa que entendiese el mongol, el árabe ó el ruso.

(15) MATIAS PARIS.

por haberse hecho cristianos, y los exhortaba á proseguir en la fé. Impositores habían contado estas historias y habían encontrado crédito, por consecuencia del deseo que se experimentaba de crearlas verdaderas; pero fácil es figurarse el efecto que debieron producir en la corte del mongol.

Llegaron los religiosos después de haber atravesado la Persia. Habiendo muerto Cayuk, fueron recibidos por la regente Ogulgaymisc, que les dió otros regalos en cambio de los suyos, entre otros un pedazo de tela de seda, siguiendo el uso chino; pero esta embajada no produjo el efecto principal que esperaban, y fué considerada como un homenaje de sumisión.

Rubruquis.—Envió, pues, san Luis otra, á cuya cabeza iba fray Guillermo Rubruquis (Ruysbroeck), acompañado del hermano Bartolomé de Cremona y otros religiosos (1253); le encargó nuevos dones para los príncipes tártaros, con recomendación de no decir que procedían del rey. Rubruquis nos ha dejado la relación de su misión en un estado claro y conciso, cualidad rara entre los antiguos narradores; describió todo, los trages, el modo de alimentarse, las ceremonias, según lo que él mismo había observado ó recogido de testigos oculares, prestando no obstante fe á hechicerías y cuentos de diablos (16). Habiéndose embarcado en Constantinopla, encontraron en Soldaye, en Crimea, los primeros cuarteles de los tártaros. Cuando yo los vi, dice el fraile, me pareció entrar en un nuevo mundo. Se encaminaron á través de las áridas llanuras que separaban el Dnieper del Tanais, «sin dormir nunca en los dos meses que duró, bajó un techo ó una tienda, sino á cielo raso, y bajo nuestras carretas, sin encontrar ni aldea, ni vestigio de construcción, ni otra cosa que las sepulturas de los cumanos.»

Encontraron el campo de Batú á las orillas del Volga, tan estenso como una ciudad, y lleno de gentes de guerra en un circuito de diez á doce millas; en medio del campo estaba la tienda del general, vuelta hácia el Mediodía; y tanto á la derecha como á la izquierda, chozas dispuestas de Este á Oeste; á la izquierda se encontraban las de las diez y seis mujeres del jefe, distantes un tiro de piedra una de otra, y rodeadas de las habitaciones de las mujeres de su servicio; todas las chozas cubiertas de fieltros engrasados, eran llevadas en trineos tirados por bueyes ó camellos, que las conducían á través de estas inmensas llanuras. «Nos advertían continuamente, dice el fraile, no tocar las cuerdas que sostenían esta tienda, y que veneran lo mismo que su umbral.»

Presentóse Rubruquis delante de Batú, revestido

(16) *Relaciones de los viajes de Guillermo de Rubruk Bernardo el Sabio y Savulf, publicadas por FR. MICHEL y TH. WRIGHT.* Paris, 1839. Bernardo, era un monje del siglo X, que viajó por Egipto y la Tierra Santa; Savulf un monje inglés, que fué de Bari á Palestina por los años 1102.

do con ricos ornamentos sacerdotales, teniendo en la mano una hermosa Biblia, regalo del rey, y un salterio iluminado, regalo de la reina. Su compañero llevaba el misal y la cruz y un clérigo el incensario. «Cuando se nos hubo introducido, no se exigieron de nosotros las reverencias y genuflexiones comunes á los embajadores. Permanecimos de esta manera un *miserere* sin que nadie dijese nada. Batú estaba sentado en un trono elevado, grande como un lecho, al cual se subía por tres escalones; tenía á su lado una de sus mujeres, y los hombres á su derecha é izquierda; no habiendo más mujeres que las de Batú, no bastaban éstas para llenar uno de los lados. A la entrada sobre un velador, había cumiz, y grandes copas de oro y plata adornadas de pedrería. Batú nos miraba fijamente y nosotros á él. Tenía el rostro encendido. En fin, me intimó que hablase, y nuestro conductor me advirtió que me arrodillara y hablara de esta manera. Doblé una rodilla como se hace para un hombre; pero me hizo seña de doblarlas ambas, y no me atreví á desobedecer. Imaginándome, pues, que oraba á Dios, di principio á mi arenga en estos términos: Señor, rogamos al Señor de quien procede todo bien, y que os ha favorecido con tantas prosperidades terrestres, que os conceda también los bienes celestiales, sin los cuales los demás son fútiles y vanos. Sabed, señor, que nunca obtendréis éstos sino sois cristiano, en atención á que Dios mismo ha dicho: *El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea será condenado.* A estas palabras se sonrió Batú moderadamente; pero los mongoles comenzaron á palmoear y reirse de nosotros. Cuando se restableció el silencio... se informó del nombre de vuestra majestad (San Luis, á quien Rubruquis dirige la relación), del mío y del de mis compañeros; nuestro intérprete se los dió por escrito... Nos hizo después sentar, y beber leche, lo que se tiene por un gran favor; y como tuviese yo los ojos bajos, me mandó levantar la vista. Después de esto salimos.»

No se creyó Batú con suficiente autoridad para permitir predicar la fé en Tartaria. Prosiguió Rubruquis su camino, y llegó á Caracorum. Su viaje fué excesivamente penoso, aunque es verdad que todo el camino se les proporcionaron carretas y caballos por los habitantes del país, siendo servidos como personas enviadas por príncipes de la sangre. Mangú los recibió con estremado orgullo. Levantado el fieltro que cubría la puerta del palacio entramos, y como aun estábamos en los días de Navidad, entonamos el *A solis ortus cardine*. Cuando acabamos, nos registraron con cuidado, para asegurarse de que no llevábamos cuchillos, é hicieron quitar á nuestro intérprete su cinturón y su cuchilla. En la entrada había una mesa con cumiz cerca de la cual dejamos nuestro intérprete, y fuimos colocados en frente de las mujeres. El cuarto estaba todo tapizado de tela de oro; en medio se encontraba un brasero lleno de fuego, alimentado con raíces de agenjos, espinos y estiér-

col. Mangú-kan estaba sentado en un pequeño lecho, con un rico traje guarnecido de pieles y brillante como la piel de una vaca marina. Podía tener cuarenta y cinco años; era de mediana estatura, y tenía la nariz aplastada y torcida. Su mujer jóven y bonita, estaba sentada á su lado con su hija llamada Cirina, de edad núbil, y que tenía muy mal corazón: varios niños dormían allí cerca acostados en un colchon. El kan no hizo preguntar lo que preferiríamos beber, vino *terasina*, que se saca del arroz, *cara cumiz*, preparado con leche de vaca, ó *ball*, hecho de miel, bebidas todas que usan en el invierno. Respondí que no teníamos gana de beber; pero que de todos modos nos contentaríamos con lo que su grandeza nos ofreciese, cualquiera cosa que fuera. Nos hizo dar *tarasina*, clara y agradable como vino blanco, la probé por obediencia; pero habiéndose acercado nuestro intérprete al aparador de las botellas, bebió tanta, que no sabía lo que hacía ni decía. El kan hizo traer después aves de rapiña de diferentes clases, que ponía en su muñeca y contemplaba mucho tiempo; después nos mandó hablar. Tenía por intérprete un nestoriano y nosotros el nuestro medio borracho. Habiéndonos arrodillado, le dije: Damos gracias á Dios por haberse dignado traernos desde tan lejos para ver y saludar á este gran Mangú-kan, á quien ha concedido tanto poder en la tierra; y suplicamos á la bondad de Nuestro Señor Jesucristo, por quien todos viven y mueren, conceda á vuestra majestad vida larga y próspera (este es su principal voto, y se ora para que sea escuchado). Habiendo sabido en nuestros países que Sartac era cristiano, toda la cristiandad se ha regocijado y más que todo el rey de Francia, que por este motivo nos ha enviado con cartas de paz y amistad, para atestiguar qué gentes somos, con el objeto de tener permiso para permanecer en este país, estando obligados por instituto á enseñar á los hombres como deben vivir según la ley de Dios. Sartac nos ha dirigido á Batú su padre, y éste á vuestra majestad imperial, á quien suplicamos consienta nuestra permanencia en sus Estados, para cumplir los mandatos de Dios, y rogar por ella y los suyos. No ofrecemos ni oro ni piedras preciosas sino sólo nuestro servicio, y las oraciones que sin cesar elevaremos á Dios por vuestra majestad. Le rogué al terminar nos dejase al menos permanecer hasta que el frío hubiese pasado, tanto más, cuanto que mi compañero apenas tenía fuerzas. A esto respondió el gran kan que así como el sol esparce sus rayos por todas partes, también su poder y el de Batú se extendían por todos los lugares: respecto de nuestro oro y plata, no sabía que hacer de él. Hasta aquí comprendí poco más ó menos á nuestro intérprete; pero no pude entender lo demás; noté solamente que estaba ébrio, y que Mangú tampoco había bebido agua.»

La conclusión fué que el kan les permitió permanecer dos meses para reponerse de sus fatigas. En este espacio de tiempo notó Rubruquis que

Mangú y los de su séquito, asistían indiferentemente á las ceremonias de los cristianos, de los mahometanos y de los budistas, y mantenían á sacerdotes de todos los cultos, quienes bendecían la copa real en los festines (17), y todos aspiraban á

(17) La *Relacion del viaje á Tartaria de fray GUILLERMO DE RUBRUIQUIS*, fué publicada en París en 1829 por el padre Bergeron, y después, en 1839, por Michel y Wright.

Es digna de verse en él la tolerancia, ó más bien la indiferencia religiosa de los Gengiskánidas. Mangú tenía á su inmediación muchos sacerdotes nestorianos, ignorantes, supersticiosos y bebedores. Cuando había banquete en la corte, eran los primeros que se presentaban con hábitos sacerdotales á orar por el emperador y bendecir su copa. Después se introducían los ministros del culto mahometano, en seguida los sacerdotes paganos, cada uno según los ritos de su religión.

«El día de la octava de la Epifanía (dice Rubruquis), Cutuctay, primera mujer de Mangú, fué á la capilla de los nestorianos con muchas mujeres, el primogénito Baltú y sus hijos más pequeños; todos se prosternaron, tocaron con la mano derecha las imágenes, las llevaron á sus labios, y dieron la mano á cuantos se hallaban presentes, según el uso de los nestorianos. Mangú visitó también la capilla, se sentó con su esposa en un pequeño lecho dorado, colocado delante del altar, é hizo cantar á Rubruquis y á sus compañeros el *Veni, Sancte Spiritus*. El emperador se retiró; pero no así su mujer, la cual hizo regalos á todos los cristianos. Se bebió tarassun, vino y cumiz, y la emperatriz, cogiendo una copa, se puso de rodillas, pidió la bendición, y mientras bebía, cantaban los sacerdotes. Estos bebieron también hasta embriagarse; y así pasaron el día. Por la tarde la emperatriz, alegre como los demás, volvió al palacio en su carro, acompañada de los sacerdotes, que continuaban cantando ó más bien ahullando.

«El sábado, víspera de la Septuagésima, que es la época de la pascua de los armenios, fuimos con los sacerdotes nestorianos y con un monje armenio, en procesion al palacio de Mangú. Al tiempo de salir nosotros, entraba un esclavo, el cual llevaba omóplatos de carnero tostados al fuego y negros como carbon. Habiendo preguntado qué significaba aquello, me contestaron que en aquel país no se emprendía nada sin antes consultar aquellos huesos. ¿Quiere el kan dar principio á alguna cosa? Manda que le lleven tres lomos, no puestos aun al fuego, y teniéndolos entre las manos, piensa si el asunto que medita podrá ó no efectuarse. Después entrega estos huesos para que los tuesten cuidadosamente en dos pequeñas habitaciones inmediatas al palacio donde duerme el kan, y cuando están ya ennegrecidos, los vuelven á llevar ante él, que entonces observa si han permanecido enteros, y si el fuego no los ha roto ó hendido. En tal caso, se deduce que el asunto se conseguirá; si al contrario, se encuentran abiertos al través y caen algunos pedazos, significa que no debe emprenderse.»

Encontramos hecha mención de este modo de adivinar en otros autores, y Pallas (*Sammlungen, hist. Nachr. über die Mongolischen Völkerschaften*, parte II) dice que los pueblos de Asia entregados al chamanismo lo usan todavía. Los calmuco llaman *dallatullike* á esta manera de predecir, *dallascios* á los que la practican, y *dalla* al libro que enseña las reglas. Esta adivinación se usa también desde tiempo inmemorial en China; pero en lugar de omóplatos, se sirven de carapachos de tortuga, en los cuales

ganan sectarios á su culto, y en especialidad al emperador, quien, sin embargo, fiel al sistema de Gengis-kan, á todos les trataba de una misma manera. Después de residir allí cinco meses se despidieron los religiosos. «Partí, dice ingenuamente

quemar ciertas yerbas, hasta que se abren (MAILLA, *Hist. de la China*, tomo I, pág. 104, nota).

Rubruquis continúa en estos términos: «Al llegar á la presencia de Mangú, los sacerdotes nestorianos le presentaron incienso, que él mismo puso en el incensario, y le incensaron; bendijeron también su copa, y todos nos vimos obligados á hacer lo propio. En seguida se dió de beber á todos los sacerdotes.

«Fuimos después á casa de Baltú, el cual luego que nos vió, saltó de su asiento y se arrojó en el suelo, tocándolo con la frente por respeto á la cruz, que colocó sobre un tejido de seda nueva, en un lugar elevado ante él. David, sacerdote nestoriano, su preceptor, persona dada á la bebida, le había enseñado aquello. Nos hizo luego sentar, y habiendo bebido en una copa bendecida por los sacerdotes, obligó á beber también á éstos.

«Desde allí pasamos sucesivamente á la corte de la segunda, de la tercera y de la cuarta mujer del emperador, y todas se prosternaron en cuanto vieron la cruz, adorándola; después mandaron colocarla en un sitio elevado sobre un tapete de seda; única cosa que los sacerdotes le habían enseñado del cristianismo: en todo lo demás seguían las prácticas de los adivinos y de los idólatras.

«La víspera de Pascua (19 de abril de 1254) más de sesenta personas fueron bautizadas en buen orden en Caracorum, con grande alegría de los cristianos.»

Una mujer de Metz, llamada Pasquetta, que había sido cogida prisionera en Hungría, y destinada durante algun tiempo al servicio de una esposa de Mangú, cristiana, contó á Rubruquis muchos rasgos de la malicia de los adivinos mongoles. Habiendo recibido la reina un regalo de hermosísimas pieles, los adivinos las purificaron por medio del fuego, como era costumbre hacer con todos los objetos destinados á los príncipes, y retuvieron una parte; pero la guardaropa advirtió á la reina que la parte con que se habían quedado era muy grande, y ésta les reprendió por ello. A los pocos días cayó la reina enferma, y como se interrogase á los adivinos, declararon que estaba hechizada por la guardaropa; ésta, en consecuencia, fué presa y puesta á la cuerda durante siete días, para obligarle á confesar su pretendido crimen. Entre tanto murió la emperatriz, y la acusada suplicó que le quitasen la vida, queriendo seguir á su ama, á quien protestaba no haber ofendido jamás; pero el emperador no lo consintió. Entonces los adivinos eligieron otra víctima, acusando de la muerte de la reina á la nodriza de su hija, mujer de uno de los principales sacerdotes nestorianos. Puesta en el tormento, confesó haber empleado algunos filtros para atraerse el cariño de su señora; pero aseguró que no había hecho nada con objeto de dañarla; sin embargo, se la condenó á muerte. Poco después, otra esposa de Mangú dió á luz un hijo, al cual los adivinos prometieron larga vida y un próspero é ilustre reinado; pero como muriese dentro de pocos días, la madre llamó á los astrólogos, y les dirigió reprensiones, excusándose ellos con echar la culpa á la nodriza que acababa de ser llevada al suplicio. La reina quiso á lo menos descargar su furor sobre los hijos de aquella, y mandó matar al varón por mano de un hombre, y á la hembra por mano de una mujer. Irritado Mangú al saber esto, la hizo encerrar en una prision por espacio de ocho días, y alejar luego

Rubruquis, pensando que si Dios me hubiera concedido la gracia de hacer milagros semejantes á los que hizo Moisés en otro tiempo, hubiera podido convertirlos.» En setenta días de camino sólo encontraron una aldea, donde ni siquiera hallaron pan. Habiendo seguido algun tiempo la corte de Batú al Cáucaso, á la Armenia y á la Siria, Rubruquis llegó á su convento de San Juan de Acre, donde dió cuenta del espanto y de la sorpresa que le habían causado todas las cosas que había visto; de las preguntas que los príncipes le dirigían de vez en cuando para averiguar si había en su país muchos bueyes, carneros, caballos, como si hubieran podido presentarse al día siguiente, y llevarse lo mejor y más bello.

Cuando Rubruquis partió de la corte de los mongoles se anunciaba allí la próxima llegada de Aytú, rey de Armenia, quien llegó en efecto á Caracorum para implorar algun auxilio en favor de sus súbditos, y Mangú le concedió los títulos de príncipe, cartas patentes para la libertad de las iglesias, y descargo de tributos. Desde este momento y durante medio siglo quedan los armenios adictos á los mongoles, aliados celosos de los francos é implacables enemigos de los musulmanes; solicitando sin tregua de los occidentales que se unieran á los tártaros y que emprendieran cruzadas en las cuales se pudieran asociar á sus armas.

Continuábase profesando un horror invencible á los tártaros en Europa, y hácia los que sometidos en el Norte por sus armas, se veían obligados á combatir, no contra los turcos, como los armenios, sino contra los cristianos. Nada había descuidado el papa realmente de lo que le era posible hacer para defender la Livonia, la Prusia y la Estonia, de la invasion de los tártaros reunidos á los rusos. Los embajadores de Bereke, sucesor de Batú,

de la corte durante un mes. Dispuso, además, que el que había dado muerte al hijo fuese decapitado, y su cabeza colgada del cuello de la mujer que había degollado á la hija, y que también condenó á morir golpeada por tizonas encendidos.

El palacio de Caracorum estaba rodeado de una pared de ladrillos, en direccion de Norte á Sur, con tres puertas en la fachada meridional. Veíase en él una gran sala, cuya construcción se asemejaba á la de una iglesia, es decir, una nave con dos hileras de columnas. En los días solemnes, el emperador se colocaba al fin de aquella sala, en un trono elevado; cerca de él, un poco más abajo, se sentaba su primera esposa; sus hijos y los príncipes de la sangre se situaban á la derecha, y la princesa á la izquierda. Enfrente del trono se alzaba un grande árbol de plata, á cuyo pié había cuatro leones del mismo metal, que arrojaban por sus fauces, dentro de cuatro receptáculos, también de plata, vino, cumiz, hidromiel y tarassun. En la cima del árbol se veía un ángel de plata que tocaba una trompeta cuando los botilleros debían llenar de nuevo los depósitos exteriores que alimentaban las fuentes. Este artificio era obra de Guillermo Boucher, platero parisiense, que había sido hecho prisionero en Belgrado por un hermano de Mangú, y empleado en él tres mil marcos de plata.

fueron á encontrar á Bela IV, rey de Hungría ofreciéndole alianza y matrimonio (1254), y en caso de negativa, declararle una guerra de esterminio. Escribió Bela al papa para pedirle consejo y socorro, recordándole que en otro tiempo Gregorio IX le había abandonado al furor de los mongoles. Escusando Alejandro IV á su predecesor, por sus guerras con Federico II, le contestó para disuadirle de aliarse con los mongoles: *¡Qué infamia separarse del cuerpo de los fieles para asociarse con los paganos! Y esto no para obtener la salvación, sino para retardar su ruina.* Con respecto á socorros, no estaba en estado de enviarlos: lo que salvó á Bela, fué la alianza de la Bohemia, y aun más, el capricho de Bereke que se adhirió á los persas para combatir á otros príncipes mongoles, que habían permanecido fieles á la antigua creencia de los tártaros.

Cuando fué enviado Ulagú por Mangú á la Media y á la Siria, propuso á los templarios y hospitalarios someterse (1255); y éstos indignados, se negaron á ello. Ya hemos visto á este general entrar en la Mesopotamia después de haber destruido á los asesinos y derribar al califa, y después ocupar un momento la Tierra Santa. La muerte de Mangú le forzó á alejarse, dejando á Kui-buga el conquistar á Jerusalem.

Aseguraban los cristianos que Ulagú se encontraba muy dispuesto en su favor, acariciándole en esta persuación, tanto más, cuanto que ya no quedaba ninguna barrera entre los tártaros y cristianos. Pero cuando Kui-buga hubo tomado y demantelado á Sidon, vieron que no debían conceder ninguna confianza á estos advenedizos, y se pusieron á la defensiva (1260). Permaneció la Europa aterrada; reunió san Luis en París un concilio de prelados, para tratar en él los medios de conjurar el peligro: decidióse á redoblar las oraciones, á hacer procesiones, ó castigar á los blasfemos, renunciar á toda superfluidad en las comidas, prohibir los torneos por dos años y cualquier otro juego que no fuese tirar al blanco. Ocupándose el pontífice en encontrar remedios más eficaces, escitaba á los príncipes á hacer la guerra á los tártaros, no tan solo á los de la Persia y la Siria, sino también á los que amenazaban la Hungría.

Por este tiempo derrotó el soldan de Egipto á Kui-buga; y esta derrota de los tártaros, la primera de que se oyó hablar en Europa, reanimó el valor. Y en efecto, el de estos conquistadores declinaba; tanto habían agotado á sus hombres la guerra, y se encontraba dividido su imperio en varios Estados sometidos á las eventualidades de la guerra y de la política. Los kanes del Capchak, que siempre se mostraron enemigos de los de la Persia, se estendían hasta la Crimea, saboreando las dulzuras de la civilización; proporcionaban á los genoveses lo necesario para edificar á Caffa, é introducían en la Crimea y en la Ucrania la destilación que habían aprendido de los árabes. Conservaban bajo su dominio á la Rusia, donde la política de

los príncipes consistía en sostener la amistad de la Horda de oro. Usbak, sobrino de Nogay, fué nombrado kan del Capchak con ayuda de Ivan, gran príncipe de Moscou, al que se alió por un matrimonio (1239). Esta ciudad, edificada en 1147 por Jorge de Suzdal, tuvo de esta manera el predominio sobre las demás; y como ningún príncipe había ejercido allí la autoridad soberana, los mongoles la fortificaron sin desconfianza, haciéndola metrópoli, lo cual preparó la independencia nacional, consumada luego después por Ivan.

Los mongoles de Persia solicitaron también de vez en cuando la alianza de los cruzados y de la Europa, que poco antes habían rechazado con orgullo desdeñados; pero escitaban á los cristianos contra los musulmanes, cuando precisamente el ardor de las cruzadas se había entibiado entre los occidentales. Conocían los mongoles que aquella multitud de príncipes musulmanes les estaba sometida por miedo y no por convicción, y que tenían en ellos ocultos enemigos prontos á cambiarse en temibles á la primera ocasión: además, Damasco, Alepo, Ama, Emesa, obedecían aun á los príncipes de la estirpe de Saladino, y Egipto poseía fuerzas suficientes para hacerles frente. Solos los cruzados, con las fuerzas de que disponían y con las que se encontraban en disposición de llamar en su auxilio, podían asegurar la victoria á los tártaros.

Habiendo sabido Ulagú que el sultan de Egipto había vencido á Kui-buga en Ain-Jalut (*fuentes de Goliat*) solicitó con más ardor la alianza de los cristianos, hizo abastecimientos militares, reunió á sus vasallos y escitó á los demás cristianos de Oriente á marchar contra el soldan. Pero la muerte le detuvo en sus proyectos (1265), y con ella se desvaneció la esperanza de los fieles, que se lisonjearan de que los tártaros les hubieran abandonado la Palestina, cuyo clima era demasiado cálido para ellos, con las franquicias concedidas á los armenios y georgianos. Abaka, su sucesor, aunque adorase á los ídolos, siguió las huellas de Ulagú en lo que concernía á los cristianos, y se casó con Maria, hija natural de Miguel Paleólogo, que había ido á dar su mano á Ulagú. Entonces atacó el soldan de Egipto á la Armenia, el más poderoso de los principados fundados por los cruzados y vasallos de los mongoles. La división había debilitado el poder de los conquistadores, y la política del soldan supo separar de su causa y hasta volver contra ellos á varios príncipes gengiskánidas. Dirigió Abaka al papa una carta que nadie pudo descifrar, en atención á que estaba escrita en lengua tártara, pero supo por el portador, que se trataba en ella de saber qué camino seguirían los occidentales para caer sobre los musulmanes, contra quienes se proponía secundarlos en unión de su cuñado. Es probable que Clemente IV informó de estas buenas disposiciones á San Luis y á Tibaldo de Navarra. Otros enviados de Abaka y de Miguel Paleólogo fueron al encuentro de Jaime de

Aragón (1270), que en efecto se embarcó, pero arrojado por la tempestad á la costa de Aigues-Mortes, se vió forzado á volverse á sus Estados. En lugar de aprovecharse los cruzados de estas proposiciones de Abaka se comprometieron en la expedición de Túnez, donde no podía esperar ninguna asistencia de los mongoles.

Mientras que Abaka hacía la guerra en el Chakatay, el rey de Armenia se vió precisado á tratar con el soldan de Egipto para salvar sus Estados; pero apenas había dado fin á esta expedición Abaka, cuando retrocedió camino, marchó contra el soldan, que había entrado en la Turquía favorecido por los musulmanes rebeldes; y habiéndole arrojado, ofreció á Leon, rey de Armenia, en reconocimiento de sus servicios, la corona de este país. Tuvo Leon el talento de rehusarla; y solo aconsejó al kan no confiar el gobierno á ningún musulmán, y cooperar á la libertad de la Tierra Santa.

A este efecto se pusieron en camino diez y seis enviados que llegaron al concilio de Leon (1274), donde Gregorio X los acogió con benevolencia: fué su respuesta que antes del paso del ejército cristiano él mismo enviara á dar aviso á Abaka. Pero las disensiones de los príncipes cristianos no permitieron intentar nada con respecto á la Tierra Santa. Dos años después envió de nuevo el príncipe tártaro como embajadores á dos cristianos de Georgia, Juan y Santiago Vasali; pero por más que hicieron para presentarse en las diferentes cortes, apenas fueron escuchados y pasaron como impostores.

De seguro había impostura de su parte en afirmar la conversión de Cubilay, que por el contrario, dueño de la China, había hecho adoptar el lamaísmo á sus mongoles. No obstante estar ya modelado á las ideas chinas, podía haber recibido muy bien el bautismo, como una ceremonia que añadir á las demás. Sea como quiera, con objeto de asegurarse de un hecho de esta importancia, delegó el papa á cinco hermanos menores: Girardo de Prato, Antonio de Parma, Juan de Santa Agata, Andrés de Florencia y Mateo de Arezzo. Pero la barbarie de los mongoles, la indiferencia de los chinos, la prevención de los idólatras, la rivalidad de los nestorianos, que se habían insinuado entre los mongoles, impidieron los progresos de los misioneros: y así fué, que cuando diez años después llegó á aquellos países Juan de Montecorvino, los encontró poco adelantados en su misión.

Viendo Abaka que los socorros de Occidente no llegaban, se decidió á hacer la guerra á los musulmanes, en unión del rey de Armenia. Pero su hermano Mangú Temur hizo perder por ligereza el fruto de muchas victorias. Aumentóse con esto la fuerza del soldan de Egipto, la Armenia fué assolada, y Abaka, que quería tomar el desquite, murió envenenado (1282), tal vez por aquellos á quienes hacía sombra su afecto á los cristianos. Fué, por más que se diga, causa de muerte para varios príncipes mongoles. Los cristianos fueron por el

contrario, perseguidos por Ahmed, su hermano, celoso musulmán, que derribó las iglesias, rompió todo tratado con los francos, y procuró la alianza del soldan de Egipto. Pero éste vió llegar su embajada con desconfianza, al mismo tiempo que los vasallos cristianos de Ahmed, y los mongoles lamaístas, se aunaban en el odio que les inspiraba; y resultó de ello que no tardó en ser destronado y muerto.

Habiendo sido confirmado Argun, su sucesor, por Cubilay, atacó á los musulmanes, reedificó las iglesias destruidas y declaró la guerra al soldan de Egipto (1284): entonces se presentaron otra vez los cristianos de Oriente en su corte, solicitando librar la Tierra Santa. Escribió á Honorio IV, á quien se dirigieron otras embajadas en 1286; acogiéndolo el pontífice con grandes honores, sobre todo, después de las seguridades que le eran dadas, de que los príncipes mongoles tenían intención de hacerse cristianos; pero respecto al objeto político no se conseguía nada. Mandó Nicolás IV á Tartaria (1289) á Juan de Montecorvino para convertir á estos príncipes. Después de haber recorrido la Persia y la India, llegó este religioso predicando, á la capital del imperio mongol, fundó allí dos iglesias, y bautizó en pocos años cerca de seis mil personas. A demanda suya el papa Clemente V mandó como sufragáneos á siete misioneros franciscanos, al mismo tiempo que le nombraba arzobispo de Cambalik y primado de Oriente. Solo tres de ellos llegaron, fueron enviados otros; pero sus relaciones pintaban el estado del cristianismo más floreciente que lo que en efecto era. Aconteció también varias veces que se presentaran al papa aventureros (18) como enviados de los emperadores de la China ó del Preste Juan, para tratar de la conversión de este país.

Hacia esta época, el genovés Biscarelo de Gisulfo, enviado por Argun para ofrecer ayuda en el recobro de la Tierra Santa, pasó de la corte pontificia á las de Inglaterra y Francia. La carta de Argun al rey de Francia, que se ha conservado, es el monumento más antiguo de la lengua mongola, tanto en Oriente como en Occidente, como también las cartas chinas marcadas con el sello son las primeras que haya visto la Europa. Las exhortaciones no produjeron más efecto que la nueva embajada enviada por Argun en 1287, en atención á que los franceses no tenían otro interés en conservar relaciones con los tártaros; y el papa se cansaba en vano de manifestar la inmensa ventaja que conseguiría la cristiandad, pues era poco escuchado en medio del choque de los intereses particulares. Se dedicó, pues, más bien á convertir á los

(18) Esta clase de impostura, no cesó tan pronto: porque cuando Carlos Quinto se hizo coronar en Bolonia, llegó una carta del Preste Juan, que se encuentra insertada entre las de los príncipes á príncipes, coleccionadas por Gerónimo Ruselli.

mongoles que á conquistar la Palestina. Si este proyecto se hubiera verificado, no se habría podido esperar de los cruzados ningún señalado éxito, sino el ver á la civilización estenderse rápidamente en Oriente, y penetrar en las estepas tártaras, así como en las llanuras chinas. Las ventajas de semejante unión no se escapaban á los príncipes mongoles; pero el pueblo era indiferente ú hostil.

Ahora bien, esta indiferencia causó la repentina decadencia de los mongoles. Mientras que los turcos, introducidos en Oriente como esclavos, llegaron por el fervor con que abrazaron el islamismo, á ocupar todos los tronos musulmanes, los mongoles por no saber adherirse ni los sectarios de Mahoma ni los de Cristo, permanecieron solos y enervados. Los Ilkanios no tardaron en perder su poder en Persia (1390), y sesenta años después no quedaba allí ni una tribu de su raza.

De los dos nuevos reyes de Persia Canjatú y Baidú, el primero favoreció á los musulmanes y persiguió á los cristianos, el otro siguió el sistema opuesto y fué derrocado (1284). Casan, que sustituyó á Baidú en el trono (1292), se manifestó hostil á los cristianos hasta el instante en que se casó con la hija del rey de Armenia; habiéndose unido á su suegro asaltó al sultan de Egipto Naser, Mohamed, se apoderó de Damasco y taló la Siria. Esperimentaron gran satisfacción de resultados los cristianos, y acudieron desde Chipre para prestarle socorro. Por su parte Casan envió embajadores á Occidente para solicitar una cruzada; pero á este tiempo una gran victoria de los musulmanes arrolló á los mongoles hasta más allá del Eufrates, y Casan tardó en morir muy poco.

Aljatú, su sucesor (1304), que había sido bautizado, abrazó después el islamismo. Pero apenas hubo ascendido al trono pensó en reanudar las negociaciones con los cristianos. El príncipe mongol ofrecía doscientos mil caballos, doscientas mil cargas de cereales, cien mil ginetes que se comprometía á guiar en persona (19); pero Clemente V no pudo lograr que se reanimara el entusiasmo de las cruzadas. Sin embargo, Aljatú emprendió la guerra contra los musulmanes, y dirigió al rey de Francia una carta conservada en los archivos, con una versión italiana contemporánea al dorso (20). Pero

(19) Puede verse cuán inoportunamente pone Voltaire en ridículo las pretendidas ofertas de servicios hechos á San Luis por un rey mongol.

(20) «La palabra de Aljatú, soldan, al rey de Francia. »En los tiempos pasados, vosotros, señores francos, en la época de mis abuelos y de mi buen padre y de mi buen hermano, teníais con nosotros amistad y benevolencia; y si nos hallábamos distantes, la buena voluntad estaba cerca, y todas nuestras noticias, así como las de nuestra salud y nuestros regalos, jamás faltaban en Francia. Ahora bien, el Señor Dios me ha dado tal fuerza, que me he sentado sobre el gran trono; y según aconteció en el tiempo pasado de mi abuelo y de mi padre, así como de mi hermano, he-